



## CHILINDRÓN Y EL IMPERIO DE LAS AZOTEAS

La antena de televisión se alzaba en la azotea. Ya ni los gorriones se atrevían a pararse en ella. Solo a veces, las noches de luna clara, acudían tres gatos negros a la azotea. Maullaban, secreteaban con la luna como verdaderos lunáticos. A veces, se quedaban callados escuchando lo que la antena decía en la televisión. ¿Entenderían los gatos los boletines informativos, los programas musicales, los concursos?

Chilindrón se asomaba a la ventana. Los veía allí, al pie de la antena, casi siempre callados, atentos a las voces. En ocasiones se oían voces jóvenes cantando pop. Otras eran voces viejas, de gitanos de bronce cascado con una jonda, larga queja. Otras veces... Los gatos no dejaban nunca de escuchar. Chilindrón ya los conocía de tanto observarlos desde la ventana. Era como si entendieran. Entendieran no se sabía muy bien qué. El caso es que aquellos ojos verdes a veces se encendían como con una chispa de conocimiento. Un escalofrío cruzaba entonces la espalda de Chilindrón.

Por la noche, entre sueños, los oía en la azotea. ¿O es que estaba soñando? El gato negro más gordo, allá en sus pesadillas, no decía Miau sino Mío, Mío. El mundo era suyo: las azoteas eran su imperio. Mío, Miau, Mío... El minino negro, bajo la luna blanca, lo decía en sus sueños:

-Mío es el mundo. Yo soy Napoleón. Soy el emperador de las azoteas... Unas chispas verdes de arrogante codicia brillaban en los ojos de Napoleón.

Chilindrón se despertaba sudando de aquellas pesadillas. Por salir de dudas, del laberinto de las propias dudas, por despejar la X de sus pesadillas, Chilindrón pasó muchas tardes espiando a los gatos desde la ventana. Ya no se atrevía a dar la cara y los miraba tras el visillo echado.

La madre lo encontraba pasando tardes enteras pegado a la ventana. Pero ese niño ¿cuándo estudiaba? Con la reglamentaria colleja, la madre lo devolvía a la cruda realidad. Aunque la realidad era bastante menos cruda que las sospechas de Chilindrón. Chilindrón llevaba ya muchos días tomando nota de los movimientos de los gatos en la azotea. Y empezaba a entender qué es lo que de verdad estaba pasando en el imperio enemigo.

Una tarde aparecieron otros siete gatos por la azotea. Permanecieron todos en círculo alrededor del tremendo Napoleón. Al anochecer del día siguiente se sumaron más a la asamblea. Al poco, eran un ejército de todos los pelajes y maullidos. Más de veinte gatos miraban a Napoleón, gordo y enorme.

Chilindrón iba escribiendo en un cuaderno todos los movimientos del enemigo. Escribía al oscurecer para no levantar sospechas, porque nunca hay que fiarse. A veces, encontró un gato espía, sigiloso, en el alféizar de su ventana. Una noche, por fin, Napoleón desveló sus planes para el futuro. Fue en la Asamblea Mensual Felina." AMF", anotó Chilindrón en su cuaderno.

Oyó esa Declaración horrorizado, mientras unas gotas de sudor resbalaban de su frente a la almohada. En su cuaderno de notas, podía leerse: “Yo, Napoleón el Negro, declaro que hoy nace el Imperio de las Azoteas. Hoy acaba para siempre la milenaria dominación de los tiranos bípedos que deambulan por debajo de nuestro Imperio. Hoy Declaro La Guerra para que ocupen su puesto en las regiones de abajo hasta reducir al bípedo a esclavitud permanente. Yo, El Gato Comandante en Jefe. En el tejado del nº 20 de la calle Sol. Hoy, Día Primero de El Imperio De Las Azoteas.”

De tanto asomarse a las ventanas Chilindrón no dormía, no comía, no estudiaba, no jugaba. Pasaba horas enteras papando moscas delante de un cuaderno de notas en que no paraba de escribir. Chilindrón tenía ojeras y la de matemáticas se quejaba de que se dormía en clase. En verdad, era un suplicio ser un bípedo parlante (y bastante pálido últimamente) incapaz de desvelar a la humanidad el enorme Complot de Los Tejados.

Chilindrón, una vez más, se equivocaba. Su madre, desde luego, no sería un gato, pero sí una tigresa dispuesta a defender la salud de su cachorro, por más que lo notara raro y lunático como los gatos. Entonces tomó en secreto el cuaderno de notas guardado debajo de la almohada, lo abrió y...Los ojos se le desencajaron. Chilindrón estaba del todo mal. Desde luego o su hijo iba al sicólogo o ella misma también declaraba la guerra.

Lo segundo le pareció lo más oportuno. Esa misma tarde cogió a Chilindrón de la mano mientras en la derecha llevaba una buena escoba. Subieron a la azotea. Allí estaban los gatos. Se volvieron para mirar a los bípedos del segundo piso. Chilindrón quiso cerrar los ojos, pero no le dio tiempo. La madre empuñó el escobón con las dos manos. De un salto se plantó entre los gatos. El negro más grande recibió el primer porrazo. Bufó furioso mientras se revolvía con el rabo tieso. El segundo escobazo le calmó la furia y le bajó los humos imperiales. Al tercero huyó con el rabo entre las piemas. De tejado en tejado el pelotón felino huyó despavorido. Chilindrón entonces silbó y dijo la célebre frase de la Victoria en la batallas de las azoteas:

\_Ea, a tomar por... viento fresco.

Porque, en efecto, era el viento fresco de la victoria lo que aclaró sus pensamientos. Chilindrón descubrió que su madre era un general en jefe, una heroína que hace también filetes empanados, tomando ahora la pluma, ahora la espada. No le hizo falta un tercer golpe para derrumbar el Imperio de las Azoteas.

Chilindrón recuperó la confianza, el apetito y el sueño. Dos semanas después sacó un siete en Matemáticas. La profesora lo felicitó. Entonces Chilindrón se dio cuenta de que doña Lola tenía los mismos ojos verdes de Napoleón. Pero esta es otra historia mucho, mucho más complicada.

Imagen: <https://es.dreamstime.com/fotografia-de-archivo-libre-de-regalas-gatos-en-los-tejados-en-el-cielo-nocturno-image34260137>